

Sección Tres: Experiencias, reseñas, debates e informes

Teoría crítica y marxismo en las ciencias sociales y humanas: alcances, limitaciones y reconfiguraciones. Sociología transformadora.

Gemelli diversi. Processi di soggettivazione ed economia di mercato.¹

Different twins. Processes of subjectivation and market economy.

Diego Giannone
Università della Campania “L. Vanvitelli”
diego.giannone@unicampania.it

Reseña del libro *Gemelli diversi. Processi di soggettivazione ed economia di mercato*. Roma: DeriveApprodi. Emiliano Bevilacqua y Davide Borrelli (2021)

El libro de Emiliano Bevilacqua y Davide Borrelli *Gemelli diversi. Processi di soggettivazione ed economia di mercato* (DeriveApprodi, 2021, pp. 252) reconstruye la compleja genealogía de la subjetividad moderna sobre el trasfondo del desarrollo de la economía de mercado. La tesis de los dos autores es que existe una relación de interdependencia mutua entre subjetividad y economía de mercado, en la que “la subjetividad emerge como un complejo de disposiciones, orientaciones, relaciones y valores capaces de influir en los rasgos distintivos del mercado, mientras que éste emerge como un campo de oportunidades materiales y culturales que configura los procesos de subjetivación en el sentido de la ambivalencia, es decir, como un incentivo al pluralismo de las voliciones individuales o en la dirección de una socialización unívocamente unidimensional” (p. 9).

Tras esbozar los elementos centrales de su tesis en el primer capítulo, los dos sociólogos la desarrollan mediante una investigación que indaga en los escritos de cuatro clásicos de la modernidad occidental: Adam Smith (capítulos 2 y 3), Karl Marx (capítulo 4), Max Weber (capítulo 5) y Michel Foucault (capítulos 6 y 7). Los autores hacen hincapié en lo que consideran la dimensión decisiva para superar “el determinismo económico y [el] culturalismo superficial” (p. 8) a través de los cuales a menudo se investigan la formación de la economía de mercado y los procesos de subjetivación: la socialización, y con ella la sociedad, entendida como el ámbito en el que se desarrollan las relaciones sociales en una dinámica que, junto a la

¹ Recibido: 10/01/2023 Evaluado: 30/01/2023 Aceptado: 02/02/2023

capacidad de la estructura de “modelar” a las personas, sitúa el espacio de libertad con el que éstas pueden actuar frente a las presiones ejercidas por el mercado.

Empezando por el fundador de la economía política moderna, descubrimos que Adam Smith, a quien se suele recordar por su énfasis en el individuo como actor económico egoísta y utilitario, también desarrolla una importante reflexión sobre la “subjetividad simpatética”, “es decir, sentimentalmente receptiva, socialmente connotada y moralmente sentida” (p. 27). Dando la debida importancia a una obra como *The Theory of Moral Sentiments* (1759), Bevilacqua destaca cómo la simpatía se configura para Smith como un verdadero “motor de la socialización” (p. 27). De hecho, se trata de “un sentimiento compuesto que influye tanto en los valores como en el comportamiento” (p. 29) y está contorneado por una compleja “constelación categorial, compuesta por las tendencias a la prudencia, la adecuación y la apariencia de utilidad” (p. 53), que asume la función fundamental de vincular socialmente y organizar colectivamente las tendencias simpatéticas, estabilizándolas.

Si lo que caracteriza el pensamiento de Smith es la posibilidad de un equilibrio dinámico entre la subjetividad y el mercado, los límites de esta posibilidad emergen plenamente de las reflexiones de Marx y Weber. Del filósofo de Tréveris, Bevilacqua destaca los rasgos que ponen de relieve una lectura dinámica, abierta y ambivalente del proceso histórico, según la cual si es cierto que el mercado se configura como “una esfera de interés [que] favorece la emergencia de un individuo plenamente social” (p. 92) y el capitalismo como aquel sistema que contribuye a fortalecer “la capacidad humana de cooperar recíprocamente para mejorar su entorno” (p. 92), por otro lado, el individuo social encuentra precisamente en el sistema capitalista, con su mercantilización de lo humano, los límites al pleno despliegue de su subjetivación.

Si con Marx la atención se centra en las condiciones materiales que niegan a una parte de la humanidad la posibilidad de una subjetivación plena, Max Weber llama la atención sobre el papel de los sistemas de valores y, en particular, sobre la relación entre el espíritu religioso y la racionalidad del mercado. Situando en el centro de su análisis la función histórica desempeñada por las religiones reformadas, el sociólogo alemán señala cómo “la racionalización de la conducta calvinista [está] relacionada con la formación y el establecimiento del mercado” (p. 122). En la reconstrucción de Weber, con la Reforma protestante surge una “sociedad en la que las relaciones interpersonales proporcionan la aleación de acero que forja la jaula del capitalismo moderno” (p. 127). El desencantamiento del mundo y el proceso de racionalización, si bien liberaron al individuo de creencias mágicas, también acompañaron el desarrollo de un sistema económico en el que la subjetividad se ve “frenada”, es decir, limitada en la expresión de sus pulsiones deseantes y de su extroversión, y las relaciones fraternas son vistas con recelo, porque quedan oscurecidas por el racionalismo instrumental calvinista que rige las relaciones de mercado.

Los límites subrayados por Marx y Weber son contrarrestados, en la última parte del volumen, por la posibilidad de una recuperación de las condiciones de equilibrio de interdependencia entre la subjetividad y el mercado. A través de la lectura hecha por Michel Foucault de las razones del liberalismo, entendido como un momento de “crítica de la razón de gobierno” y de “legitimación de la economía como esfera autónoma de la actividad humana” (p. 153), Borrelli pone de relieve -interpretando filológicamente el pensamiento del filósofo francés- el lado oscuro de este “liberalismo sin libertad” (p. 151), que es una enésima “tecnología del poder

cuya peculiaridad consiste en no ejercerse contra la libertad de los sujetos, sino paradójicamente a través de ella” (p. 155). La que preconiza el arte liberal de gobierno es una “libertad que no hace libre” (p. 159), porque, mediante la internalización del mando, subyuga a los individuos al interés económico que subyace a la lógica del mercado.

Frente al liberalismo clásico, Foucault destaca las peculiaridades de la gubernamentalidad neoliberal. Por ejemplo, destaca el papel central del Estado como promotor y constructor del orden de libertad y competitividad. En efecto, éstas, al no estar dadas en la naturaleza, deben ser creadas y reproducidas incesantemente por la acción del Estado. O, de nuevo, subraya cómo el *homo oeconomicus*, “hoy casi unánimemente acreditado como el modelo natural de referencia de la racionalidad humana” (p. 186), no es otra cosa que un “*homo clausus*” (p. 182), es decir, un sujeto “antisocial” (p. 186), “un ser disminuido”, porque evidentemente es “amputado de todos aquellos atributos esenciales que lo constituyen como sujeto de voluntad y que hacen de él un ser humano” (p. 178).

Pero “donde hay poder, hay resistencia”, como escribe Foucault. Entonces, ¿dónde podemos encontrar las posibilidades de recuperación? En primer lugar en el hecho de que, siempre, “la subjetividad es constituyente no menos que constituida” (p. 161). Y así, incluso el neoliberalismo, la forma de poder típica de las últimas décadas, puede efectivamente constituir la subjetividad, pero al mismo tiempo puede, por el “poder de actuar” (p. 161) de esta última, ser desconstituido por ella. En segundo lugar, en el hecho de que esta subjetividad puede y debe encontrar en la noción altamente política de Foucault de sociedad civil una “salida a la alternativa de suma cero entre el gobierno a través de la ley y el gobierno a través de la economía” (p. 179). Por último, en el hecho de que cada sujeto, trabajando duro sobre sí mismo, es capaz de “independizarse de las instancias normalizadoras del interés económico”, madurando un “interés por el desinterés” (p. 180). A la imagen del *homo oeconomicus* que, como una peonza, gira sobre sí mismo impulsado por un incentivo exterior, este nuevo sujeto consciente sólo puede oponer “un claro doble rechazo [...] a comportarse con sí mismo como una empresa de sí [...] [y] a comportarse con los demás según la norma de la competencia” (p. 207). Un rechazo, sin embargo, que no puede limitarse a “decir que no”, sino que requiere el “decir la verdad” por parte del sujeto, o sea, su capacidad para decir todo y sin reticencias. Se trata, concluye Borrelli, de una “condición indispensable para poder ofrecer una resistencia personal a cualquier dispositivo de maniobra externo” (p. 199), “sustrayéndonos a las sofisticadas tecnologías de control personalizado del comportamiento predisuestas por el poder” (p. 220).

